

Roger Chartier

Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 271 páginas

Roger Chartier es una figura conocida y valorada en el campo de la historia en la Argentina. Sus libros, sus seminarios en universidades locales, su palabra recogida en distintos reportajes realizados por publicaciones nacionales lo han colocado en el centro de la escena. Recordemos algunos de sus títulos en castellano: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993), *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes de la Revolución francesa* (1995), *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (1994) y *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Morin* (1996) entre otros. El presente libro, *Cultura escrita, literatura e historia*, se compone de seis reportajes que atraviesan prácticamente toda su obra. Especialistas tan diversos como antropólogos, sociólogos, historiadores, críticos literarios, literatos y editores lo interrogan desde diferentes perspectivas. Pues bien, esto es posible porque sus investigaciones ofrecen una gama importante de cuestiones y problemas que van más allá de las inquietudes de un historiador clásico. Es conocido que su objeto de estudio principal es la producción y reproducción de lo escrito. Pero además sabemos que constantemente interviene en algunas discusiones y debates que se

desarrollan en el interior de su disciplina. Por esta razón son muy interesantes sus polémicas con intelectuales tan distintos como Hayden White o François Furet. En definitiva, se trata de un libro que se propone divulgar, con un tono agradable, las diferentes investigaciones y preocupaciones historiográficas de un autor conocido entre nosotros.

En un primer momento, Chartier rastrea las distintas transformaciones que tuvo el objeto escrito (libro) a lo largo del tiempo. Como es conocido, interroga a su objeto de estudio desde diversas enfoques: las técnicas de su producción, las prácticas de escritura o la reproducción de las obras. En otra parte se refiere a los distintos usos estéticos, privados o públicos de la escritura y de la impresión, para culminar con una mirada sobre el presente. En este caso se alude a los efectos producidos por la “revolución del texto electrónico sobre las prácticas, los usos y las concepciones de lo escrito”. Es precisamente en este escenario más contemporáneo a nosotros que retoma el tema de la definición del espacio público y de la relación con los poderes, pero ya no en el siglo XVIII sino hacia finales del siglo XX. Puede decirse, entonces, que habla como un historiador pero también como un intelectual o un ciudadano comprometido con su tiempo.

Por razones de espacio, sólo nos detendremos en algunos ejes de este libro. Hemos dicho que permanentemente escribe y discute sobre historia. Veamos algunos de sus debates. Es conocido que en distintos países del mundo *Metahistoria*, de Hayden White, tuvo una buena recepción. Chartier polemiza con este autor en torno a un tema crucial para los historiadores, el de la verdad histórica. En una conferencia brindada en la Argentina, Chartier recordó algunas de las grandes matanzas del siglo XX para después preguntar a los historiadores si no es necesario recurrir a esa palabra tan problemática como la “verdad histórica”. Sin duda, una historia que falsifique dichos crímenes debió alarmar hasta al más pasivo de sus oyentes. Precisamente ésta es la cuestión que discute con White, la identificación que este último hace del “registro del conocimiento ficcional y el registro del conocimiento histórico”. Chartier sabe que se ha metido en un gran problema. Es que en la actualidad ningún historiador goza de la tranquilidad que tenía antaño un positivista que sencillamente identificaba “los hechos y sus representaciones en el relato histórico”. Hoy hay un cierto consenso que habla sobre las dudas de la existencia de la llamada verdad objetiva. Por eso advierte que es necesario “elaborar una

posición que fundamente la idea de un estatuto particular del conocimiento histórico”. Para ello apela a las reflexiones de uno de sus referentes, Michel de Certeau. De la lectura de su maestro rescata, en primer lugar, que todo historiador produce su objeto. Esto significa que el objeto científico no le llega construido del pasado. En segundo lugar, señala que hay técnicas propias del enfoque histórico. Y una vez dicho esto, explica que White niega dichas técnicas “porque él ve la historia solamente a través de las figuras retóricas, sin otorgar ninguna preponderancia a la constitución de las fuentes, las técnicas de investigación o los criterios de prueba”. Existen, a los ojos de Chartier, ciertas reglas que permiten al historiador controlar estas operaciones “y, de esta manera, establecer la historia como un conocimiento de naturaleza universal”. Sin embargo, no niega que “estamos obligados a considerar que la historia es escritura y que por lo tanto, al ser escritura, utiliza los mismos procedimientos y las mismas figuras de la ficción”. Quisiera remarcar que Chartier ofrece una primera respuesta sobre este asunto, pero lejos de resolverse, el problema queda sin embargo abierto. Se advierte más bien de su parte una actitud defensiva y un intento por resolver el problema recurriendo a herramientas conceptuales del pasado. Para decirlo de otro modo, me parece interesante que Chartier, que no camina sobre terreno firme como lo hacía cualquier cientificista del siglo XIX, haya decidido afrontar una seria dificultad

historiográfica, aunque esto le genere nuevas dudas e interrogantes.

En otra parte de sus “conversaciones” Chartier discute la interpretación histórica de la Revolución Francesa de François Furet. Es bien conocido que para Furet la Revolución Francesa fue básicamente un hecho político y que significó esencialmente una ruptura al describirla como la “inventora de la democracia”. Sabemos que basa sus afirmaciones apoyándose en el lenguaje de actores de la época, quienes efectivamente suponían que habían producido un verdadero quiebre con el antiguo régimen. Chartier nos recuerda que debemos tener en cuenta en este tipo de casos que los individuos son siempre “a la vez lo que piensan que son y lo que ignoran que son”. Y de este modo pone al descubierto una contradicción en la lectura de Furet sobre la Revolución. Por un lado, habla intensamente de un “retorno a lo político” utilizando el lenguaje de los actores que concebían la Revolución como ruptura mientras que en su libro anterior, *Pensar la Revolución francesa*, basándose en Tocqueville y Cochin, caracterizaba dicho acontecimiento como una continuidad con la etapa anterior. En efecto, Tocqueville plantea muy finamente cómo en los actores de la Revolución existía la ilusión de un profundo cambio sin ver que 1789 fue una continuación de la centralización del Estado bajo la monarquía. Otro aspecto que critica es la visión sobre el poder que tiene Furet. Para ello se basa en dos

autores, Michel Foucault y Norbert Elias. Del primero extrae como enseñanza el hecho de que existe una “dispersión de las relaciones de poder dentro de la sociedad en su conjunto” mientras que el segundo le permite pensar que el “poder central supone condiciones sociales para su posibilidad a la vez que produce nuevas configuraciones sociales”. Sabemos que el ejemplo que ofrece Elias es el de la sociedad cortesana. En un estudio sobre el mismo, Elias trata de mostrar de qué manera un poder absoluto requiere necesariamente de una sociedad de ese tipo para mantener la armonía de tensiones entre los sectores dominantes que se anulan en sus enfrentamientos pero que deben sostenerse para existir. Entonces, acota Chartier, “ésta es la condición misma para la reproducción del poder absoluto. Las configuraciones sociales, constituidas a partir de un ejercicio específico del poder, imponen nuevas normas y reglas de comportamiento individual”. Su conclusión es que tanto Foucault como Elias son más sugerentes e innovadores para pensar la Revolución Francesa que el denominado “retorno a lo político” de Furet. Me parece justa la crítica desde el punto de vista que señala que es posible manejar una idea más amplia y más rica sobre el poder. También me parece pertinente desnudar las contradicciones que existen en las distintas obras de Furet. Sin embargo, creo que hubiese sido más completo el comentario si se hubiesen mencionado también algunos aportes que

sin duda tienen estos escritos sobre los hechos revolucionarios en Francia.

El último punto que me gustaría comentar es la relación entre “el poder sobre la escritura” y “el poder de la escritura”. En el primer caso, Chartier alude a “las competencias para definir una norma de escritura, la forma de enseñanza de la escritura, los usos legítimos de esa capacidad según los estamentos o capas sociales, o la división entre los sexos”. La mujer es un ejemplo recurrente. Chartier nos recuerda que en la tradición de la cultura occidental se ve muy claramente cómo la mujer no tenía capacidad de escribir aunque sí podía saber leer. La capacidad de escribir encerraba algunos peligros ya que estaba asociada al intercambio, a la comunicación, a la posibilidad “de escapar del orden patriarcal, matriarcal o familiar”. Y por el contrario, saber leer implicaba

otras cuestiones que no tienen que ver con la libertad sino con el control: “el texto transmite en su disciplina un orden, una disciplina, una forma de coacción”. En el segundo caso, el “poder de la escritura” se expresa, según Chartier, en las prácticas de la burocracia de un Estado. Apoyándose en Foucault, el autor nos dice que se puede ver en la escritura de los estados construidos durante la Edad Media de qué manera “controlan, vigilan y castigan”. Creo que aquí aparece otra virtud del autor que comentamos, ya que como dijimos más arriba, no se trata de un historiador clásico, sino de un investigador que articula muy inteligentemente nociones y preguntas de otras disciplinas, (filosofía, sociología o antropología) para elaborar una mirada más compleja sobre el objeto de estudio.

Se trata, en definitiva, de un libro que divulga la obra de

Chartier. Si bien el tema siempre presente es el del objeto escrito, también aparecen otras preocupaciones como la discusión con historiadores y la apertura hacia otras disciplinas para extraer herramientas de análisis. Para los que les gusta lo que se denomina la cocina del historiador se pueden hallar algunos pasajes donde explica cómo pensó ciertos problemas concretos de su investigación. Digamos entonces para finalizar que se entrecruzan muy bien, a lo largo de las distintas entrevistas, un conjunto de reflexiones históricas y metodológicas que pueden ser útiles para cualquier especialista pero también para aquellos jóvenes que comienzan a caminar por este terreno a menudo precario de la historia.

Alejandro Herrero
UBA / CONICET